

## DIALOGO ENTRE N. LUHMANN Y R. BERNSTEIN: EL PODER Y LA RELIGIÓN EN LA POST-MODERNIDAD

Recensión de LUHMANN, N., *Poder*, Traducción de Luz Mónica Talbot, *Anthropos*, Barcelona, 1995 (2ª ed., 2005), pp. 204.

Maximiliano E. Korstanje\*

### RESUMEN

### PALABRAS CLAVE

La siguiente recensión es un intento crítico de abordar al Luhmann político, a su concepción de poder y de vínculo semiótico enfatizando en la contradicción del poder mismo que se presenta como inherentemente humano.

Poder, religión, postmodernidad, Luhmann  
Fecha de recepción: 24-09-2009  
Fecha de aceptación: 27-01-2010

Nacido en 1927 en Baja Sajonia y fallecido en 1998, N. Luhmann se ha configurado como uno de las mentalidades más notables del siglo XX. Sociólogo alemán de tendencia sistémica, y alumno de T. Parsons, su intento por una sociología más holística intentará mejorar (aunque retomando sus supuestos) los abordajes del francés Emile Durkheim con respecto a la sociedad y al lazo que la mantiene unida. La posición de Luhmann con respecto a la dicotomía clásica en ciencias sociales entre agente y estructura, se constituye desde una combinación entre la autopoiesis de Maturana y la relación comunicacional estructuralista. No obstante, en algunos puntos su pensamiento se hace complejo y difícil de comprender. La siguiente reseña es un intento crítico de abordar al Luhmann político, a su concepción de poder y de vínculo semiótico enfatizando en la contradicción del poder mismo que se presenta como inherentemente humano.

Para N. Luhmann el poder se constituye como un instrumento de la comunicación, un código cuya función es hacer inteligible las opciones entre alter y ego. En la vida diaria existen códigos generalizados que permiten la comprensión inter-subjetiva por medio del lenguaje. La comunicación intentará, por todos los medios, resolver la contingencia. Al respecto, nuestro autor sugiere que "el poder funciona como un medio de comunicación. Ordena las situaciones sociales con una selectividad doble. Por lo tanto, la selectividad del alter debe diferenciarse de la del ego, porque en la relación de estos dos factores surgen problemas muy diferentes, especialmente en el caso del poder. De acuerdo con esto, una suposición fundamental de todo poder es que la inseguridad existe en relación con la selección del alter que tiene poder. Por las razones que sean, alter tiene a que disposición más de una alternativa. Puede

---

\* Licenciado en Turismo por la Universidad de Morón, Diplomado en Antropología Social y Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO y candidato a Doctor en Psicología Social por la Universidad John. F. Kennedy. Además, cursó estudios de postgrado en filosofía y sociología en diferentes universidades argentinas (Argentina).

producir y quitar inseguridad en su compañero cuando ejerce su elección" (Luhmann, 1995: 13).

A diferencia de otros autores que vieron en éste fenómeno algo acumulable en una sola persona, Luhmann enfatiza en el carácter relacional y comunicacional del poder, dirigida por un código el cual moviliza las relaciones entre las personas. La posibilidad del subordinado de elegir como comportarse se encuentra vinculada a la expectativa que alter ejerza alguna acción. Existe, en consecuencia, una dicotomía (un binomio) entre las acciones posibles que una persona puede seguir. A bueno se le opone malo, a blanco se le opone negro, a alto, bajo y sucesivamente. Siguiendo las contribuciones estructuralistas, el autor afirma que se dan sustitutos que permiten una comprensión del mensaje de poder.

1) Las jerarquías "postulan" las relaciones no simétricas de poder.

2) La historia del sistema naturaliza ciertos hechos en detrimento de otros.

3) Los convenios semi-estructurales previenen futuras deslealtades o retiros.

La complejidad reducida del medio transmitida por la comunicación relacionándose con las discrepancias. En uno de sus pasajes, el sociólogo alemán escribe "el poder es comunicación guiado por un código. La atribución del poder al poderoso está regulada en este código por los resultados de amplio alcance que conciernen al refuerzo de motivaciones que cumplir, responsabilidad, institucionalización, dando una dirección específica a los deseos de cambio. Aunque están actuando ambas partes, cualquier cosa que ocurra se le atribuye solamente al poseedor del poder "(Ibíd. 23). En efecto, el portador de poder queda escindido en la realidad como el único responsable de las situaciones que se van suscitando. El ejemplo más claro de esta realidad, es el desgaste político que parece observarse en últimos tiempos en Estados Unidos. Si seguimos con atención veremos que Bill Clinton terminó su mandato con un bajo índice de aceptación a la vez que su contrincante, el republicano George W. Bush accede a la presidencia de ese país. Paradójicamente, luego de dos guerras (invasiones) a Medio Oriente y con una de las mayores crisis de su historia entre manos, Bush se repliega con un bajo índice de "popularidad" para dejar la presidencia al senador demócrata B. Obama. Esta seguidilla alternada de símbolos refleja la tesis de Luhmann a la perfección. El anonimato de quienes mantienen el poder informal, en este caso los electores, se ve expresado en una persona o una institución que detenta el poder formal. Pero éste último tiende a debilitarse con mayor rapidez que el primero. En efecto, es posible que se deteriore la imagen de un

presidente con mayor frecuencia que decline la confianza en el sistema democrático.

El tratamiento del autor con respecto a la acción insiste en que su función es actuar como productor de posibilitadores de selección. "El poder puede hacer demandas a la voluntad, la puede obligar a absorber riesgos e inseguridades, incluso la puede llevar a la tentación y dejarla frustrada. Los símbolos generalizados del código, los deberes e insignias del cargo y las ideologías y condiciones de legitimación sirven para ayudar al proceso de articulación, pero el proceso mismo de comunicación sólo cristaliza motivos cuando se está ejerciendo el poder" (Ibíd. 31). Los portadores de poder son frecuentemente portadores también de éxitos o fracasos aun cuando ellos no quieran serlo. Luhmann nos permite comprender que es el poder el mecanismo que conlleva la clasificación binaria. Todo lo que hay de moral en nuestro código de comportamiento deriva del poder. Sólo éste origina la relación de las relaciones haciendo surgir la posibilidad de combinar evitables o consideradas negativas con otras positivas.

Uno de los aportes incuestionables de la obra luhmaniana es su distinción de los términos autoridad, liderazgo y reputación. Si bien a primera vista, podría inferir el lector que se trata de conceptos similares, Luhmann explica convincentemente que la autoridad tiene una influencia generalizada temporalmente mientras que el liderazgo tiene una influencia circunstancialmente generalizada. En otras palabras, "la autoridad se crea sobre la base de una diferenciación de probabilidades debido a una acción previa. Si las comunicaciones influyentes, por cualquier razón, siempre han tenido éxito, surgen expectativas que fortalecen esta probabilidad" (Ibíd. 108). En parte la autoridad necesita invocar a la tradición. Por el contrario, el liderazgo se retroalimenta del deseo de estimular la percepción que otros siguen la propia voluntad. La influencia de algunos sobre otros se reifica en forma de dialéctica recursiva. Finalmente, la reputación no es otra cosa que una suposición de posibles acciones para la acción de determinado fin. La reputación es acatada en cuanto que se impone como un valor incuestionable.

Por otro lado, la liquidez del poder (como la del dinero) se da por la replicación de acciones derivadas y ancladas en un subcódigo que se suceden secuencialmente. Es aquí, donde Luhmann ensaya una proposición innovadora: la creación de cadenas de poder que integran el poder corporativo e individual. La cadena de poder no es otra cosa que una transferencia de subcódigos que ayudan a regular el poder y mantener a la estructura funcionando. En la medida en que le poder corporativo (organizacional) de la estructura disminuye, aumenta el personal y viceversa. Las cadenas (como en el lenguaje) permiten una fluidez de relaciones de reciprocidad entre los agentes sociales. Para ser más exactos, "la formación de cadenas tiene la

función de hacer asequible más poder del que puede ejercer un poseedor de poder, de hacer asequible todo el poder, en el caso límite de las elecciones políticas, a aquellos que de ningún modo pueden ejercerlo. De este modo, la formación de cadenas hace posible que haya aumentos de poder que sobrepasen la capacidad de selección del portador del poder individual. La artificialidad de este aumento de poder se refleja en las demandas que impone en el código de poder; por ejemplo, no puede realizarse sin una esquematización binaria" (Ibíd. 59).

En las líneas sucesivas, Luhmann sugiere una combinación de ejemplos que ayudan a comprender mejor su intrincado texto (no legible en muchas ocasiones). El poder organizativo se basa sobre el control de la contingencia. Por ejemplo, las crisis económicas implican peligro de despido y con éste una propensión mayor de los empleados de acatar las normas. En este sentido, el poder personal queda circunscripto y limitado a un poder estructural. Al restringirse la oferta laboral, los ya ocupados ven sus situaciones y expectativas disminuir. Ante este escenario, sus perspectivas de poder disminuyen mientras aumenta las perspectivas de las empresas. Si bien la mayoría de las empresas, basan su poder en "la amenaza de despido" solo en raras ocasiones ella es posible. Esta constante amenaza permite dirigir las conductas de los agentes hacia determinados objetivos. Sin embargo, cuando las circunstancias cambian y existe mayor demanda laboral que oferta, los empleados retoman el poder personal poniendo condiciones al círculo empresario. En resumen, el poder no puede ser concebido fuera de las relaciones de convivencia entre los agentes.

En palabras del autor "la sanción a través del poder personal ocurre más frecuentemente de acuerdo con la movilidad en el sistema, pero de una forma menos obvia. En él, las consideraciones circunstanciales se mezclan con las sanciones positivas y negativas. Simplemente puede consistir en preferir a otros aspirantes para el cargo y sólo puede aparecer como una sanción negativa para los que son rechazados. Por lo tanto, para el portador de poder no necesita ser una alternativa que se tenga que evitar" (Ibíd. 147). Así, el poder organizacional por su propia esencia ayuda a manejar las reglas contingentes y a debilitar el poder personal. Por medio de la imposición normativa, la estructura impone una cadena de códigos que en combinación con incentivos y castigos determinan la posición del actor con respecto a sus posibilidades.

Este juego, lejos de ser potestad de un sector, se constituye relacional y autoreflexivamente como un código lingüístico. Sin lugar a dudas, el poder en el tratamiento luhmaniano adquiere una naturaleza semiótica. No obstante, he aquí el escollo mayor de esta teoría. Luhmann considera al poder como algo naturalmente dado y en consecuencia acumulable. Éste, a su vez, parece ser tan

acumulable hasta el grado de "convertirse en poder total". Esta creencia, no sólo que es insustentable desde lo teórico sino que es esencialmente falsa. Si partimos de la base que el poder es un código que nace como parte de la limitación del propio ser ante la incertidumbre del alter o su medio, es imposible hablar de un "poder total", por cuanto entonces ya no es poder. Tautológicamente, Luhmann confunde los términos y asume que el poder ayuda al sujeto a reducir la complejidad del sistema. Solo aquel limitado en sus posibilidades puede adquirir poder. Aclarados los puntos importantes del tratamiento político de Niklas Luhmann, cabe aclarar que su desarrollo cae en una contradicción irremediable. Si el poder parte desde la misma finitud del ser, ¿cómo se puede sustentar la idea de un poder total?. Parece en este sentido, que Luhmann cae en la misma contradicción que se le ha criticado históricamente a Durkheim con relación al totemismo tribal

En *La división del trabajo social*, Durkheim establece una diferencia entre lo que considera la solidaridad mecánica (propia de las sociedades primitivas) y orgánica (sociedades modernas). No será sino hasta las formas en donde éste despliega toda su genialidad teórica y analítica. En efecto, es el sujeto quien imitando orden natural intenta replicar las relaciones humanas en el cultural en forma proyectiva. Para el autor, el lazo que mantiene unida a la sociedad se explica por medio de la construcción del totemismo y consecuentemente (con éste) por la religión. El avance de la modernidad traía consigo un debilitamiento irreversible (desintegración) del vínculo social; el cual sólo podía ser regulado y contrareestado por el socialismo cuya máxima expresión se suscitaba en las incipientes uniones colectivas de trabajadores (Durkheim, 1982). Sin embargo, uno de los grandes problemas metodológicos que Durkheim no puede resolver es como explicar el principio de la sociedad y su relación con el individuo. Si la estructura es (por sí misma) productora de individuos, implícitamente ésta tuvo que ser en algún momento una creación individual. En su obsesiva idea de personificar a la sociedad (en ocasiones contradiciéndose con sus propios postulados), o mejor dicho, negando (relegando) la esfera individual, la construcción durkheimiana adolece de cierta lógica. En otras palabras, el error fundamental de Durkheim es suponer de antemano lo que está intentando explicar (por medio de su método científico) (Prades, 1998: 248) (Korstanje, 2008).

Las limitaciones de Luhmann tampoco resuelven ni explican como las estructuras religiosas se entremezclan con las políticas. En este punto, un sugerente desarrollo de Richard Bernstein sobre el principio corruptor del orden político y religioso se presenta como esclarecedor. A diferencia de Luhmann que concibe el poder como un aspecto universal, Bernstein lo pone dentro de un contexto más acotado. En su trabajo titulado *El Abuso del Mal*, Bernstein examina la convergencia entre el patriotismo y las creencias religiosas. Casi en

180 grados de la posición durkheimiana con respecto a la sacralización de los símbolos patrios, nuestro filósofo enfatiza en que la corrupción de las instituciones se da cuando las metas sobrepasan las capacidades éticas de la sociedad; cuando el objetivo se hace más importante que los pasos a seguir, eso debilita la capacidad de la sociedad para hacer frente a los totalitarismos.

Desde dicha perspectiva, Bernstein toma las contribuciones de A. Arendt con respecto a la construcción del mal y su relación con el holocausto sucedido en Auschwitz. Definiendo previamente al mal como *toda intención de trivializar la esencia humana*, Bernstein asegura que una de las estrategias de los regimenes totalitarios consiste en monopolizar y manipular todo lo que en esta vida es espontáneo. Siguiendo este argumento, los grupos en el poder intentan imponer una lógica bipolar que construye dos realidades, rompiendo las posibilidades de toda negociación. El juicio a A. Eichmann no sólo nos recuerda hasta que punto gente ordinaria como nosotros puede cometer crímenes horribles, sino además enfatiza en la importancia de la responsabilidad en el seguimiento de las instrucciones. Claro ésta, la historia del siglo XX está plagada de crímenes masivos y actos genocidas, pero aparentemente no fue hasta después del atentado del 11 de Septiembre que O. Bin Laden y S. Hussein personificaron ellos mismos la verdadera cara del mal.

Sin embargo, las cosas no siempre son como parecen. Influenciado notablemente por el pragmatismo de W. James, Bernstein examina como los grupos que llegar al poder político tienden no sólo a manipular la misma política en su beneficio sino también los valores morales y religiosos de la sociedad. Conforme a dichos intereses, no nos encontramos frente a un Choque de Civilizaciones como afirmaba Hungtinton sino frente a un choque de mentalidades. El pragmatismo como corriente crítica surgido en reacción a la guerra civil estadounidense se ha constituido como un arma de resistencia frente al avance de los totalitarismos. Gran parte de la academia debe una inmensa gratitud a las contribuciones del pragmatismo en cuestiones culturales y políticas. Desde esta perspectiva, el pragmatismo no sólo criticó acertadamente la forma escolástica imperante en la filosofía de la época sino que desafió la hegemonía del mercado y de la Iglesia. El mundo que nos rodea, se encuentra librado a un sinnúmero de contingencias, en donde se alternan hechos que nos provocan placer y displacer. El miedo se combina con la esperanza mientras que la suerte con la adversidad. La democracia no es diferente a otros regimenes con la excepción de que permite una mayor pluralidad de pensamiento. La democracia no debe ser comprendida como una institución lineal sino como una construcción ciudadana del día a día.

En los diferentes capítulos del libro, Bernstein discute la manera en que la corrupción aún dentro de los sistemas democráticos puede

ser manipulada y transformada en una construcción de expansión ideológica. El voto universal, no es prerequisite suficiente para afirmar que un país es democrático o no; lo que constituye el eje central de la misma es la capacidad de dialogar e intercambiar posiciones. Una de las características de las mentalidades dogmáticas que intentan imponer su forma de pensar versa en la idea que Dios apoya su causa y a través de esta incuestionable legitimidad construyen un eje discursivo sobre el otro dependiendo de sus intereses. Así, nacen en nuestro mundo moderno la idea del mal caracterizado por la religión islámica en contraposición a un supuesto occidente que se reivindica como el brazo armado del bien y que se cree en el deber moral de enfrentarse con ese otro diferente. Paradójicamente, la administración Bush a medida que intenta expandir su democracia fundamenta las bases para la imposición de una oligarquía autoritaria e irracional.

Lejos de lo que piensa el imaginario social, el fundamentalismo no es una construcción puramente del Islam, sino que su origen nos lleva a la doctrina puritana-protestante del siglo XIX. Bernstein revisa cuidadosamente como los diferentes movimientos protestantes dentro de los Estados Unidos con fuertes reminiscencias milenaristas chocaron con ciertas ideas darwinistas acerca de la creación del mundo. Las tesis de la evolución, ampliamente en contra del paradigma creacionista, no sólo desafiaban las propias creencias de los pietistas sino que aceptaron ciertos mecanismos reaccionarios. De esta manera, en 1910 los hermanos Milton y Lyman Stewart lanzaron una cantidad de folletos que predicaban la necesidad de volver a "los fundamentos" de la fe cristiana. Estos panfletos fueron distribuidos rápidamente por todos los círculos protestantes reivindicando la resurrección de Cristo y la virginidad de su madre, María. Un par de años más tarde, otros milenaristas como Curtis Lee-Lewis, un anabaptista editor de un periódico, se manifestaba comprometido en la lucha contra las fuerzas del mal que pretendían tergiversar el mensaje divino. Su búsqueda se ha enraizado en el corazón de los Estados Unidos y ha llegado a los círculos más íntimos del presidente G. W Bush. Esta especie de absolutismo no surge de la religión ni de la política, pero las utiliza, las corrompe y las presenta como instrumentos que "dignifican" sus intereses. En lo personal, el trabajo de Bernstein explora como la tergiversación y la petrificación de ciertos valores religiosos son funcionales para generar mayor legitimidad en un momento de la historia humana caracterizada por la incertidumbre y el temor. En efecto, los hombres son más proclives a la sumisión voluntaria cuando experimentan procesos de miedo, ansiedad e indecisión. Dentro de tal contexto, existe una tendencia inevitable dentro de las democracias occidentales al autoritarismo en cuyo caso la ciudadanía debería mantenerse expectante y en alerta. En pocas palabras, *El Abuso del Mal* se presenta como una obra de inmensa calidad intelectual útil no sólo para antropólogos,

políticos, psicólogos, filósofos o sociólogos, sino también para el público en general que esté preocupado por los efectos colaterales del 11 de Septiembre de 2001.

## Referencias

**Bernstein, R.** (2006). *El Abuso del Mal: la corrupción de la política y la religión desde el 11 de Septiembre*. Buenos Aires, Katz.

**Durkheim, E.** (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid, Editorial Akal.

**Korstanje, M.** (2008). "Los Sistemas de Reciprocidad Migratoria: comprendiendo el sistema de visado argentino". *Nómadas: revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. Número 20. Universidad Complutense de Madrid, España. Material Disponible en [www.ucm.es/info/nomadas/20](http://www.ucm.es/info/nomadas/20).

**Luhmann, N.** (1995). *Poder*. Barcelona, Universidad Iberoamericana.

**Prades, J. A.** (1998). *Lo sagrado: del mundo arcaico a la modernidad*. Barcelona, Editorial Península.